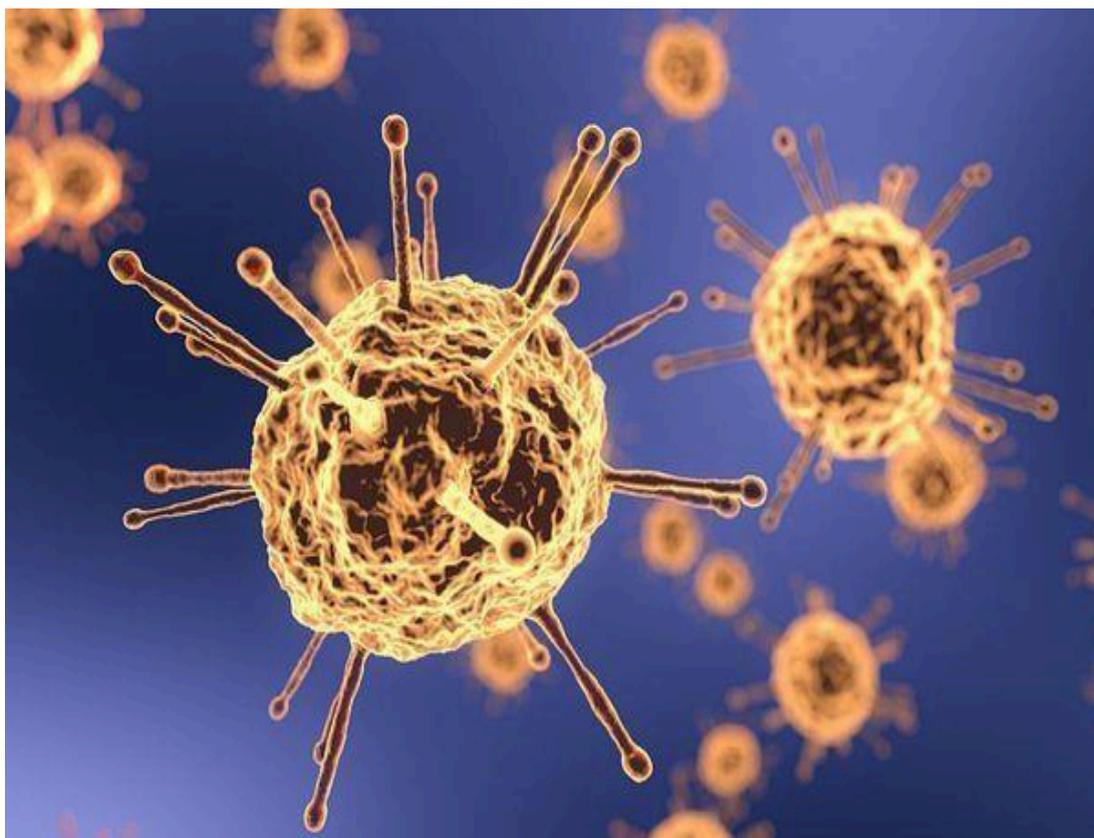


CABRONAVIRUS



Comedia de Franck LEPLUS

Traducción al español

Coordinación:

María Asunción Pérez de Zafra Arrufat

Traductores:

Patricia Arnedo González

Agathe Arriat

Orianne Atine

Andreea Badanau

Alexandrine Reine Blanco Dray

Cécilia Bordeau

Julia Aisha Cabello Diedhiou

Clara Cárceles López-Tercero

María del Carmen Crespo Padilla

Marta Fernández Guzmán

Ángel Giménez Sáenz

Isabel Gutierrez Ruiz

Cándido Alfonso López Pedrosa

Paula Malagón Córdoba

Nuria Martínez Hilario

Noelia Méndez Gómez

Alba Rodríguez Álvarez

Yurong Tan

Pablo Miguel Vílchez Gambín

Reparto:

GILBERTA: Señora mayor con un gran temperamento.

EL CARTERO: Valiente, pero tampoco temerario.

MARÍA: Ahijada de Gilberta, servicial y alegre.

CRISTIAN: Novio de María, inocente pero simpático.

EL DOCTOR: Profesional.

MARCELA: Amiga de Gilberta.

EL PERIODISTA: Una voz que se oye en la televisión.

Duración : 1 h 45 min

Resumen: Gilberta, una señora mayor con un gran temperamento, vive el periodo complicado de una pandemia. Su ahijada y su novio la visitan de vez en cuando. También la visita su doctor y el cartero que le trae unos paquetes esperados. Su amiga Marcela, interesada en los hombres, le hace cambiar sus costumbres.

ACTO 1

Escena 1: Gilberta – El cartero

Una señora de cierta edad pasa el plumero por su casa. Ella tose por culpa del polvo. Se oye música animada que la acompaña mientras trabaja. Se contonea un poco. Deja el plumero y se sienta en un sillón para tejer. Saca la lana y un proyecto ya empezado.

GILBERTA: —Tejer me relaja... Pero tengo que tener cuidado de no embalarme. La última vez regalé una bufanda de cinco metros... Cuando estoy en piloto automático, ¡me concentro tanto que no me doy cuenta de que he llegado a mi destino!

Llaman a la puerta. Se queda quieta. Mira hacia la puerta. Se levanta.

GILBERTA: —¿Quién es?

Una voz contesta desde fuera.

EL CARTERO: —¡El cartero, doña Gilberta !

GILBERTA: —¿Qué quieres?

EL CARTERO: —¡Tengo una carta para usted!

GILBERTA: —¡Pues ponla en el buzón!

EL CARTERO: —¡Es que necesito su firma!

GILBERTA: —¡Ni hablar!

EL CARTERO: —¡Doña Gilberta, tiene que firmar ahora mismo!

GILBERTA: —Ni de coña, no pienso abrir la puerta... haz como el que me trae los paquetes y el que me trae los recados.

EL CARTERO: —¿Y qué hacen ellos?

GILBERTA: —¡Lo dejan en el felpudo y se van corriendo!

EL CARTERO: —¡No puedo, que hace viento!

GILBERTA: —Busca una piedrecita, la pones encima del correo y ya está, ¡fácil y sencillo, para toda la familia!

EL CARTERO: —Sí, pero, ¿la firma qué?

GILBERTA: —¡Pues pon una cruz!

EL CARTERO: —¿Una cruz?

GILBERTA: —Sí, coges tu boli mordisqueado y pones dos líneas que se cruzan. ¡Dile a tu jefe que soy una vieja analfabeta que no sabe firmar!

EL CARTERO: —Doña Gilberta, es usted muy amable, ¡pero insisto!

GILBERTA: —Entonces... ¡Voy a hacer como con los otros!

EL CARTERO: —¿Hacer qué?

Se dirige hacia un mueble y saca una escopeta y un revólver.

GILBERTA: —Dime, cartero, ya has visto la peli *Duelo de titanes*?

EL CARTERO: —¡No me acuerdo!

GILBERTA: —¡Usa la cabeza!

EL CARTERO: —¿Es una película wéstern?

GILBERTA: —Ñeh... *Pulp fiction* ¿te suena?

EL CARTERO: —¡Uf! No sé.

GILBERTA: —¿*Kill Bill*? Si ni si quiera conoces esa, ¡eres tonto, pero tonto!

EL CARTERO: —Sí, ¡claro que la conozco!

GILBERTA: —«*Al despertar, causé lo que en los tráileres de las películas suelen llamar «una oleada de muerte y destrucción». Hubo muertes, hubo destrucción, y obtuve una total satisfacción. He matado a cantidad de personas hasta llegar a esto, pero aún me queda una más. La última. Y me dirijo hacia ella en este instante. Es el único que queda. Y cuando por fin llegue a mi destino, tengo que matar a Bill.*» ¿Te suena?

EL CARTERO: —Maravilloso... sí, me la sé bien... ¡Es la escena más famosa!

GILBERTA: —Bueno, ¡reemplaza a La Novia por Gilberta, y a Bill por el cartero!

El cartero para de hablar un momento.

EL CARTERO: —¡Pero bueno, señora!

GILBERTA: —No quiero pillar el puto virus este, ¡así que quédate afuera y haz lo que te dije! Si no...

EL CARTERO: —¿Si no, qué?

Ella dispara con su escopeta al aire.

GILBERTA: —¿Quieres que destroce mi puerta y que te convierta en un colador, cartero?

EL CARTERO: —No, está bien, he encontrado una piedrecita... ¡dejo todo delante de la puerta y me voy!

GILBERTA: —¡Así es, véte!

EL CARTERO: —Ha sido un placer, doña Gilberta... ¡Que tenga un buen día!

GILBERTA: —¡Igualmente, cartero!

Ella suelta la escopeta. Coge unos guantes y se los pone. Mira por la ventana y abre la puerta lentamente y con discreción. Vuelve con un sobre.

GILBERTA: —¡Un par de guantes a la mierda para esto!

Abre el sobre. Saca unas mascarillas para protegerse contra el virus. Se quita sus guantes y los tira a la papelera. Se echa gel hidroalcohólico en las manos.

GILBERTA: —Qué arrepentida estoy... Estas mascarillas son del ayuntamiento y yo siempre decía que el alcalde no servía para nada. Pero, al final... ¿qué? ¿solo diez mascarillas al mes?... Menuda rata... agarrado... tacaño... ¿Quién se cree el mierdas este?... La próxima vez votaré a su oponente. Aunque creo que ya voté por él... más bien no voté para nadie, pensando que todos estos políticos corruptos eran unos gilipollas... Pensándolo mejor, no me arrepiento... ¿Que estoy todo el día dándole el coñazo? Pues ahora bien que le voy a seguir dando por culo... ¡Imbécil!

Apila sus mascarillas con las otras, formando una montaña de mascarillas.

GILBERTA: — Al final las colecciono, como casi nunca salgo, entonces las acumulo. Quizás es una buena inversión... igual que los del hospital que vinieron el otro día a venderme lo que habían robado de su propio hospital... Ellos también se fueron

corriendo... gamberros... sinvergüenzas... Venderían hasta a sus padres... Pero bueno se fueron tan rápido que se dejaron una caja de guantes en la puerta, otra de mascarillas y otra de gel. No iré a ese hospital porque no les quedará nada para protegerse... Ya veremos el mercado del material sanitario... ¡Si aumenta venderé algunas mascarillas!

Un movimiento de fuera le llama la atención. Se asoma a la ventana. Coge su móvil que había dejado sobre una mesa y llama.

GILBERTA: —¿Hola? ¿Policía? ¿Estoy hablando con la comisaria? Tenle respeto a tus mayores que no estamos en una taberna. ¿Como? ¿Eneko Sagastume? ¿Usted es el agente Eneko Sagastume? Nunca había escuchado ese nombre... Encantada, soy doña Gilberta... ¿Cómo me ha reconocido? Pues sí que he oído a sus compañeros decir: ¡Otra vez la porculera! Bueno, ya hablaremos de eso en otro momento... Le llamo porque uno de mis vecinos está paseando a su perro... Sí... su perro... Da vueltas por el barrio... Sé que está permitido, pero su perro no lleva correa y él no lleva mascarilla, aunque en mi parte de la acera es obligatorio... ¡Obligatorio! Y, si recuerdo bien, se puede multar con ciento cincuenta euros... Si quiere llenarse los bolsillos, ¡ahora es el momento!

Como la voz en la otra línea ya no le contesta, se queda en silencio.

GILBERTA: — ¿Oiga? Pero ha colgado el imbécil... Los maderos solo sirven para hacer fuego... Avisas de un peligro, ¿y qué hacen? Se comen palmeras viendo la tele en su oficina. No me sorprende que algunos estén tan gordos que ya no puedan ni correr. Los delincuentes les pueden pisotear y torear, nunca les van a alcanzar... Además en el caso de que hubiera alguno algo más atlético que los demás, debería disculparse con ellos por tener los huevos tan gordos. ¡Así funciona ahora la justicia!

Llaman de nuevo a la puerta.

Escena 2: Gilberta — María — Cristian

Gilberta coge la escopeta e interroga a los visitantes que permanecen al otro lado de la puerta.

GILBERTA: —¡Si eres el idiota del cartero que ha vuelto con el estúpido de su jefe, voy a empezar una masacre! ¿Quién anda ahí?

MARÍA: —¡Somos María y Cristian!

GILBERTA: —¿Qué queréis?

MARÍA: —Pero, tita, soy yo, ¡tu querida ahijada y su novio!

GILBERTA: —¡Demuéstralo!

MARÍA: —Eres la mejor haciendo torrijas ¡y sabes que me encantan!

GILBERTA: —Cierto, eres la única a la que le gustan mis torrijas... Pero con todo lo que está pasando sigo desconfiando... ¿Lleváis mascarilla?

MARÍA: —¡Por supuesto, tita!

GILBERTA: —¿Tu novio también?

MARÍA: —¡Que sí, tita!

GILBERTA: —¿Está mudo o le ha comido la lengua el gato?

CRISTIAN: —Eh, ¡yo también llevo mascarilla, tita!

GILBERTA: —María, ¡dile a tu perrito faldero que solo me podrá llamar tita cuando os caséis! ¡Ahora cuando entréis, quitaros las mascarillas y quedaros a metro y medio de mí!

Los jóvenes entran y obedecen. Cristian lleva dos paquetes de agua.

GILBERTA: —¡Da más miedo sin la mascarilla que con ella!

MARÍA: —¡Tita!

GILBERTA: —Es broma, Cristian... Es broma... Bromeo a menudo... De hecho, si tienes algún hueco durante la semana, ven a verme. ¡Seguro que romperemos los viejos muelles de mi cama!

MARÍA: —¡Tita!

GILBERTA: —No sabe lo que quiere la niña... me burlo de ti y se queja, coqueteo contigo y también se queja... ¿Qué llevas ahí musculitos?

CRISTIAN: —¡Agua!

GILBERTA: —Ya veo que es agua... no parece una caja de vino... ¿pero para qué es?

CRISTIAN: —¡Pues para beber!

GILBERTA: —Encima con el coeficiente intelectual de un pez... Sé que es para beber, pero, ¿por qué me has traído agua?

MARÍA: —¡Creíamos que la necesitabas!

GILBERTA: —Que considerados, pero deberíais saber, jóvenes, que desde el principio de la propagación de este virus de mierda... ¡justo antes del primer confinamiento, mandé excavar un manantial de agua que finalmente brotó en medio del jardín!

CRISTIAN: —Genial... ¿agua estancada?

Gilberta permanece en silencio. Le mira aturdida y busca a su sobrina, que inclina la cabeza.

GILBERTA: —Sí, embotello mi propia agua... Tengo reservas para varios años... Es más, debo de tener unos cincuenta kilos de arroz, unos sesenta paquetes de varios tipos de pasta... ¡cientos de latas y mis cinco congeladores están a reventar!

MARÍA: —¡Qué previsor!

Gilberta mira fijamente a Cristian.

GILBERTA: —Cristian, quita esa mirada de interés de tus ojos de Don Juan ahora mismo... ¡porque yo también tengo mis armas de seducción, proyectiles mortíferos!

CRISTIAN: —Pero... en absoluto... Era una mirada de admiración. ¡Eres tan organizada y cuidadosa!

GILBERTA: — También puedo ser mala y tengo buena puntería. ¡Pregúntale a los basureros!

MARÍA: — Tita... ¿Qué les has hecho a los basureros?

GILBERTA: —Cuando coloco mi cubo de basura en un lugar concreto, es decir, justo al lado de mi ventana a la derecha, se supone que debo recogerla en el mismo lugar y no al final de la calle. Así que bloqueé el camión hasta que dejaran el cubo de basura en su sitio. ¡Ya está todo solucionado!

MARÍA: —Pero, ¿qué has hecho con los basureros?

GILBERTA: —Digamos que al principio se reían... ahora, como ya he dicho, no pasa nada... Ya no se ríen... es más, ya no me molestan más con sus sorpresitas... ¡Ya ni se atreven a llamar a la puerta!

MARÍA: —¡Tienes muy mal genio, tita!

GILBERTA: —La vida es como un rompecabezas en el que a veces no reconocemos las piezas más valiosas... ¡Afortunados son aquellos que saben armarlo!

MARÍA: —¡Y tú sabes!

GILBERTA: —¡Claro!

MARÍA: —Bien... Tita, vamos a seguir repartiendo agua, ¿necesitas algo más?

CRISTIAN: —Sí, señora, avísenos. Será un placer.

GILBERTA: —Dos o tres granadas ofensivas... no del ejército... sino del mercado negro de Bangui... un explosivo C-4... el explosivo y no el famoso *Citroën*... y una ametralladora, más bien una *Browning*... ¡Está comprobado que son eficaces!

Cristian se quedó sin hablar. Miró a María y le preguntó vacilante.

CRISTIAN: —¿Está bromeando?

MARÍA: —¡Tita!

CRISTIAN: —María, ¡dime que es una broma!

MARÍA: —Sí, es una broma de la tita... Venga, vamos... Te daré un beso desde lejos... ¡Hasta pronto, tita, y si necesitas algo, no dudes en llamarme!

GILBERTA: —¡Vale cariño!

María le manda besos desde lejos. Cristian sigue un poco descompuesto. Lleva los paquetes de agua y María le empuja fuera.

CRISTIAN: —¡Adiós, doña tita!

GILBERTA: —¡Adiós, muchacho!

Gilberta cierra la puerta tras ellos, los ve salir por la ventana y luego va a ordenar la casa.

Escena 3: Gilberta

GILBERTA: —Tiene cara de buen chiquillo... un poco inocente... pero bueno, es la primera vez que viene a casa y no me conoce... Mi sobrina, que buena es, siempre está pensando en mí. La única que lo hace... Bueno, el resto... deben estar evitando venir a verme por miedo a que, como soy una persona de riesgo, vayan a pegarme el puto virus de los cojones, en fin, ¿qué hora es?

Mira un viejo reloj que está sobre un mueble

GILBERTA: —Anda, que ya son las diez... el doctor tiene que estar al llegar. Seguro que conseguiré algunas respuestas. Le dije a su secretaria que no me encontraba del todo bien y que no es necesario que vaya a infectarle la consulta, así que ella me dio la razón y me dijo que el doctor estaría encantado... ojo... de venir para una consulta a domicilio... Vista mi edad no me pedirá que me despelote... ya veremos luego si hay algún malentendido... Bueno, voy a dejar el tensiómetro en la mesa y algunos medicamentos para que parezca real.

Coge unas cajas de medicamentos del armario y las pone sin mirar en la mesa.

GILBERTA: —¿Estoy presentable?

Se coloca frente al espejo. Ella finge tener miedo. Y se observa.

GILBERTA: —Madre mía, no me reconozco... el daño que hace el paso del tiempo... ay, la vejez enemiga... pero bueno, tampoco estoy tan mal... la vieja de la Angustias tiene problemas para bajar todos esos pasteles, una triple papada y los brazos flácidos... Mi vecina, que debe tener diez años menos que yo, parece una uva pasa, cuando habla tiene la voz de haber fumado como un carretero... La mayoría de mis compañeras de clase están en residencias de ancianos... algunas se han olvidado de donde viven... otras no pueden ni comer puré... Ay, si al final el tiempo se ha portado conmigo... ¡Me voy a echar un poco de desodorante!

Coge un spray y lo rocía por todas partes.

GILBERTA: —¡Si el doctor tiene algún virus no durará mucho con este ambientador.

Mira el spray, lo suelta y va a buscar otro.

GILBERTA: —Que tonta soy... es mata moscas... Anda, aquí está el que necesito... Patchouli—chorizo... ea... ea... ea...!

Baila consigo misma. Unos golpes en la puerta la interrumpen.

Escena 4: Gilberta – El doctor

Gilberta se hunde en un sillón con una manta que le cubre las piernas. Invita al doctor a entrar con voz floja.

GILBERTA: —Entre, doctor, ¡está abierto!

Nadie contesta y llaman de nuevo a la puerta. Gilberta alza la voz.

GILBERTA: — Y este... ¿acaso estará sordo? ¡Entre doctor, la puerta está abierta!

No hay respuesta. Se levanta de un brinco del sillón, se asoma por la ventana, entreabre la puerta y va rápidamente a sentarse de nuevo en el sillón. El doctor entra un poco vacilante.

EL DOCTOR: —He entrado porque la puerta estaba entreabierta.

GILBERTA: —¡Ha hecho bien, doctor!

EL DOCTOR: —Bueno, buenos días, señora, ¿qué le ocurre?

GILBERTA: —Es complicado, doctor, me duele todo, y con este virus que circula, pues no estoy tranquila.

EL DOCTOR: —¿Dónde le duele?

GILBERTA: —Me duele el brazo al tocarlo, el codo, también me duele la cabeza, justo aquí... y también la pierna.

EL DOCTOR: —Puede que se haya roto el dedo.

GILBERTA: —¡No es momento para hacer bromas, doctor!

EL DOCTOR: —Perdóneme, me había acordado de una broma muy graciosa. Bueno, veamos.

GILBERTA: —¿Me desvisto, doctor?

EL DOCTOR: —¡No hace falta!

GILBERTA: —Doctor, ¿realmente la mascarilla nos protege?

EL DOCTOR: —Pienso que sí.

GILBERTA: —Lo dice como si no estuviera seguro.

EL DOCTOR: —Digamos que es preferible ponerse la mascarilla a no hacerlo, para evitar el riesgo de contraer la infección.

GILBERTA: —¡Al principio un ministro dijo que no servían para nada!

EL DOCTOR: —Sí, hay muchos que lo dicen.

GILBERTA: —Entonces, ¿no sirven?

EL DOCTOR: —Lo dicen porque no tenían suficientes mascarillas a la venta ni en *stock*.

GILBERTA: —Sí, pero ahora dicen que hay que llevarlas... Entonces no sabemos qué hacer.

EL DOCTOR: —Ahora los almacenes están llenos de mascarillas. Los puertos y aeropuertos comerciales están a rebosar de mascarillas que vienen de todo el mundo, por lo tanto, hay que llevarlas.

GILBERTA: —Si he entendido bien, ¿ahora que hay millones de mascarillas, debemos comprarlas y llevarlas?

EL DOCTOR: —Sí.

GILBERTA: —¿Quién dice la verdad, doctor?

EL DOCTOR: —No lo sé, pero tiene que anteponer su salud, señora.

GILBERTA: —¡Claro, doctor!

EL DOCTOR: —¿Ha tomado algo para el dolor de cabeza y para el resto?

GILBERTA: —Sí, doctor, he tomado algunos medicamentos que tengo en mi armario.

EL DOCTOR: —¿Cuáles?

GILBERTA: —Están encima de la mesa.

EL DOCTOR: —Permítame que lo compruebe.

GILBERTA: —¡Claro, doctor! Pero no he mirado bien la fecha de caducidad...

EL DOCTOR: —Voy a echar un vistazo.

GILBERTA: —También me he tomado la tensión que estaba un poco baja...

EL DOCTOR: —¿Cuánto?

GILBERTA: —Ocho sobre cinco.

EL DOCTOR: —¿¡Cómo!?

GILBERTA: —¡Justo después ha subido a diez sobre seis!

EL DOCTOR: —¿Está segura?

GILBERTA: —¡Cuando vino el cartero tuve que tenerla a once sobre cinco o seis!

EL DOCTOR: —¡Su tensión ha subido muy rápido!

GILBERTA: —¡Sin duda, por miedo a que llamaran a la puerta!

EL DOCTOR: —¿Están bien los medicamentos que ha tomado?

GILBERTA: —¡Claro que sí!

EL DOCTOR: —¿Uno de cada?

GILBERTA: —¡Casi!

EL DOCTOR: —La aspirina está bien...

GILBERTA: —Me sienta bien la aspirina.

EL DOCTOR: —Sin embargo...

GILBERTA: —¿Sin embargo?

EL DOCTOR: —El desparasitante para perros no tendrá ningún efecto perjudicial, pero no entiendo por qué se lo ha tomado.

Gilberta se queda completamente atónita. Se da cuenta de su error.

GILBERTA: —Es que me dolía la barriga... ¡Pensé que no me sentaría mal!

EL DOCTOR: —Sí, pero...

GILBERTA: —¡Sé que es un producto para animales, pero yo también soy un animal como cualquier otro!

EL DOCTOR: —¿Ha tomado también este medicamento?

Señala a lo lejos una caja.

GILBERTA: —¡Sí, ese también!

EL DOCTOR: —¡Pero bueno!

GILBERTA: —¿Qué pasa, doctor?

EL DOCTOR: —¡Pocas veces he visto una cosa así!

GILBERTA: —¿Es grave, doctor?

EL DOCTOR: —No es grave, pero sí extraño: Antipicoteo es un complemento alimenticio para tranquilizar a las gallinas.

Gilberta baja la mirada mientras que el doctor pone una cara de desaprobación.

GILBERTA: —¡Debo haber cometido un error!

LE DOCTEUR: —Puede ser que usted sea un animal, ¡pero no una gallina!

GILBERTA: —Pero, ¡mi difunto marido me llamaba mi pollito!

EL DOCTOR: —Tire estos medicamentos...

GILBERTA: —¡Entendido, doctor!

EL DOCTOR: —¡No vaya a tomar más!

GILBERTA: —¡Se lo prometo!

EL DOCTOR: —Entonces, ¿qué es lo que le pasa?

GILBERTA: —¡Me he agobiado con la situación, y no hemos terminado!

EL DOCTOR: —¡Es un mal momento!

GILBERTA: —¡Usted le dijo lo mismo a mi marido justo antes de irse al otro barrio!

EL DOCTOR: —¡No pensaba que se iba a ir!

GILBERTA: —Bueno, él tampoco, ¡y creo que hubiera preferido quedarse!

EL DOCTOR: —No murió tanta gente.

GILBERTA: —Bueno, ¡dieciocho mil muertos!

EL DOCTOR: —En España hay cuarenta y siete millones de habitantes.

GILBERTA: —¡Menos dieciocho mil!

EL DOCTOR: —Sí, ¿pero qué son dieciocho mil frente a cuarenta y siete millones?

GILBERTA: —¡Bastante!

EL DOCTOR: —¡Eso es cero coma cero treinta y ocho por ciento!

GILBERTA: —Visto así, igual no es para tanto.

EL DOCTOR: —Le estamos dando mucha importancia, pero...

GILBERTA: —¿Entonces los ministros han mentido o no?

EL DOCTOR: —No estoy cualificado para juzgar a nuestros políticos porque yo soy un científico.

GILBERTA: —Bueno, ¿nuestros científicos y doctores han mentido o no?

EL DOCTOR: —¡No lo sé!

GILBERTA: —Vamos, que todos vosotros sois unos charlatanes, mentirosos y comeorejas.

Los políticos porque es su trabajo, y vosotros, los doctores, porque lleváis el cotarro.

EL DOCTOR: —¡Pero bueno, doña Gilberta!

GILBERTA: —Habéis ido todos a la misma facultad de medicina y no sois capaces de entenderos los unos a los otros, panda de inútiles... Entonces, si los ministros también son doctores, no saldremos nunca de esta. ¡Iros a cobrar vuestros sueldos a los laboratorios ricachones que os están llenando los bolsillos!

EL DOCTOR: —Pero...

GILBERTA: —¡Vete de aquí! Y si ves al ministro, recétale Antipicoteo, ¡porque también funciona para pavos reales orgullosos y pavos gordos!

EL DOCTOR: —¡No está siendo razonable!

GILBERTA: —Os voy... mi escopeta... ¿dónde cojones está mi escopeta?

Busca su arma mientras que el doctor se apresura para salir de la casa.

EL DOCTOR: —Llámeme cuando lo necesite... ¡Hasta pronto, doña Gilberta!

GILBERTA: —Eso es... cúbrete la cara, pedazo de irresponsable... y las manos con gel hidroalcohólico. ¿Qué? ¿Nunca te lo echas?

Vuelve sobre sus pasos, coge un bote de gel sobre el mueble. Se frota las manos y vuelve a salir rápidamente.

EL DOCTOR: —¡Gracias, doña Gilberta!

Gilberta se alegra de haber espantado al doctor después de decirle algunas verdades.

GILBERTA: —No estamos a salvo con estos doctores. Uno de ellos dirá que tiene una cura, y dirán que no ha demostrado nada, y, cuando vaya a demostrarlo, dirán que no es científico, y, cuando sea científico, otro dirá: ya tenemos algo mejor. Unos gilipollas que han estado estudiando durante seis años de mis impuestos para que, finalmente, me digan que no saben nada. Sinceramente, eso es tirar el dinero a la basura... ¡Vaya subnormales!

Luces — Telón

Fin del acto 1

ACTO 2

Escena 1: María – Cristian

El cuarto está vacío. María y Cristian entran discretamente y avisan de su llegada.

MARÍA: —Tita... ¡Soy yo!

CRISTIAN: —¡Yo también estoy!

MARÍA: —¿Hola?

CRISTIAN: —¿Está aquí, señora tita?

MARÍA: —No, no está... ¡Seguro que está en el jardín!

CRISTIAN: —¡Voy a ver!

Se dirige hacia la puerta que da al jardín, echa un vistazo y regresa rápidamente.

MARÍA: —¿Entonces?

CRISTIAN: —Que tampoco está... Qué rara desaparición... ¡Uf, qué misterio todo!

MARÍA: —Ella, que no quería salir... ¿Habría desafiado al virus? ¿Habría decidido ir a hacer algún recado?

CRISTIAN: —¿En serio? Con todas las provisiones que tiene...

MARÍA: —Tienes razón. ¿Qué podría comprar que ya no tuviera?

CRISTIAN: —¡Ah, papel higiénico!

MARÍA: —La conozco y seguro que tiene una buena reserva ya amontonada en su garaje

CRISTIAN: —¡Claro! En su garaje... Voy a ver si su coche sigue aquí.

Corre hacia el exterior, pero regresa tan rápido como salió.

CRISTIAN: —Su coche sigue aquí... Debe de haber ido a pie.

MARÍA: —La verdad que me pregunto qué habrá podido pasar para que la tita salga.

Cristian se sienta en el sillón y de repente se levanta bruscamente restregándose el trasero. Saca del sillón un arma que estaba escondida entre los cojines.

CRISTIAN: —Hombre, en todo caso no le faltan medios para protegerse.

MARÍA: —Lo que me preocupa es que la puerta estaba abierta.

CRISTIAN: —¿La habrán secuestrado?

MARÍA: —¡Anda ya! ¡Déjate de tonterías!

CRISTIAN: —Eso le pasa incluso a las personas mayores.

MARÍA: —Pues se van a cansar rápido y la traerán de vuelta en nada.

CRISTIAN: —¡Cierto, porque con el carácter que tiene, no la van a soportar!

MARÍA: —¡Los va a volver locos, mejor dicho!

CRISTIAN: —No la aguantarían más de un día...

MARÍA: —Ni solo unas pocas horas...

CRISTIAN: ¡Nos pagarían para que la trajésemos de vuelta!

MARÍA: —¡Total!

De repente se quedan los dos en silencio.

CRISTIAN: —Bueno, de todas formas es súper raro.

MARÍA: —Quizá se fue porque tenía alguna urgencia.

CRISTIAN: —No he visto ni su bolso.

MARÍA: —Tienes razón, se ha llevado todo... ¡Sólo se le olvidó cerrar la puerta!

CRISTIAN: —Pérdidas de memoria... ¿Quizá Alzheimer?

MARÍA: —No, no creo.

CRISTIAN: —Te imaginas a la pobre dando vueltas sin parar, sin saber de dónde viene, ni a dónde va.

MARÍA: —¿Piensas que se habrá perdido?

CRISTIAN: —¡Es posible!

MARÍA: —La conoce todo el pueblo. Seguramente la traerán pronto de vuelta.

CRISTIAN: —Hombre, la reconocerán siempre que no lleve puesta la mascarilla.

MARÍA: —¡Joder! Eso no lo había pensado.

CRISTIAN: —Claro, con su mascarilla de *El Zorro*, quién va a saber quién se esconde debajo.

MARÍA: —¡Pues, don Diego de la Vega!

CRISTIAN: —¡Qué tonta!

MARÍA: —Bueno dejémonos de tonterías. ¿Sabes si se llevó el móvil?

CRISTIAN: —Solo veo el cargador ahí.

MARÍA: —Bueno, voy a llamarla y ya vemos.

CRISTIAN: —¡Venga! Que estamos perdiendo el tiempo.

María marca el número. Suena un teléfono y se escucha un tono de llamada parecido a la banda sonora de Parque Jurásico. Gilberta entra sigilosamente y se pone detrás de Cristian sin hacer ningún ruido.

Escena 2: María - Cristian - Gilberta

CRISTIAN: —Esta música siempre me pone la piel de gallina, ¿sabes? cuando el dinosaurio se acerca pero no llegas a verlo...

Gilberta grita anunciando su presencia. Y Cristian grita de vuelta.

GILBERTA: —¡Aquí está el tiranosaurio!

CRISTIAN: —¡Hostia, que susto! ¡El corazón me va a mil!

GILBERTA: —Bueno, mejor eso a que se pare, ¿no?

MARÍA: —Tita, llevamos ya un rato esperándote. ¿Dónde estabas?

GILBERTA: —Me fui a comprar.

CRISTIAN: —Bueno, entonces está todo bien.

GILBERTA: —¿Cómo que está todo bien?

CRISTIAN: —Me imaginaba lo peor.

MARÍA: —Cristian se refiere a que le preocupaba no verte aquí.

GILBERTA: —Tranquilo, niño. ¡No hay nada de qué preocuparse! ¡Ya soy mayorcita!

CRISTIAN: —¡Ha conseguido volver!

GILBERTA: —¿A qué te refieres con eso?

CRISTIAN: —A que ha encontrado el camino de vuelta.

GILBERTA: —¿Este me toma por imbécil o qué?

CRISTIAN: —¡No! ¡Para nada!

GILBERTA: —Claro que he encontrado el camino de vuelta ¿por quién me toma tu chulo? ¡Ya te digo yo que, incluso con los ojos vendados y auriculares, encontraría el camino!

CRISTIAN: —Pero, de todas formas, hay que tener cuidado con los coches.

MARÍA: —Bueno... Entonces, ¿qué has ido a comprar?

GILBERTA: —Una pata de pangolín y alas de murciélago para hacer una sopa.

CRISTIAN: —¿Cómo?

GILBERTA: —Los chinos lo comen, así que no debe estar tan malo.

CRISTIAN: —Pero ¿dónde ha encontrado carne de pangolín?

MARÍA: —Cristian, la tita te está tomando el pelo.

GILBERTA: —¡Y a los murciélagos los cacé yo misma!

CRISTIAN: —¿Eso también es una broma?

GILBERTA: —Para nada, uno de ellos hasta me ha mordido el cuello, y me pregunto...

CRISTIAN: —¿El qué?

GILBERTA: —Si no me estaré transformando ahora.

CRISTIAN: —Muy gracioso, sí...

GILBERTA: —Qué va, tócame aquí el cuello... ¿No notas un callo?

Cristian vacila y toca suavemente el cuello de Gilberta, quien comienza a gritar como una loca. Cristian se sobresalta y se hunde en el sillón, agarrándose el cuello para tratar de controlar sus palpitaciones.

CRISTIAN: —¡Ah! Dios mío... el corazón me va a 200 kilómetros por hora.

GILBERTA: —Pues, ahora lo sabes.

CRISTIAN: —¿Saber qué?

GILBERTA: —Uf, este tío no sabe ni hacer la O con un canuto.

CRISTIAN: —María, no me estoy enterando de nada.

MARÍA: —Nada, déjalo.

Gilberta deja el bolso junto al sillón y mira los cojines.

GILBERTA: —¿No te duele el culete hijo?

CRISTIAN: —¡Ay sí, he flipado!

GILBERTA: —Te has librado de milagro, le quedaba una bala.

MARÍA: —Pero, entonces, tita ¿por qué has salido?

GILBERTA: —Porque ya estaba cansada de todas estas series de NEFLISK... hay demasiadas y encima te hacen un lío... ¡es como con la historia del enano ese!

CRISTIAN: —¿Un enano?

MARÍA: —Un hombre de baja estatura.

GILBERTA: —¡Vaya que sí! Un enano de muy baja estatura.

CRISTIAN: —El hombrecito consiguió matar a un gigante negro que encima iba armado hasta los dientes.

MARÍA: —¡Un gigante de color, por favor!

GILBERTA: —Así es... Un gigante de color negro.

CRISTIAN: —¿Cómo lo mató?

GILBERTA: —¡Con sus propias manos! Fíjate, solo tuvo que darle un golpe seco en el cuello.

CRISTIAN: —Pero ¿cómo lo hizo si el tipo era enorme?

GILBERTA: —Consiguió doblarlo rompiéndole una pierna.

MARÍA: —¡Claro, así quedaba a su altura!

CRISTIAN: —¡Qué fuerte, era un pequeñín potente!

María y Gilberta se quedan en silencio.

GILBERTA: —María, no me puedo creer lo que acaba de decir.

MARÍA: —No se habrá dado ni cuenta tita...

CRISTIAN: —¡Ah! lo acabo de entender... un pequeñín potente... un pequeñín impotente.

GILBERTA: —Yo lo que no entiendo es ¿qué hacía ese chino cojo con el ojo vendado que se limitaba a mirarlos mientras fumaba una pipa gigante?

CRISTIAN: —¿Qué pintaba el chino este en la historia?

Gilberta se gira hacia María.

GILBERTA: —Enano es “un hombre de baja estatura”, el negro “un hombre de color”. ¿Y “Chino” lo podemos decir o me vas a corregir de nuevo?

MARÍA: —Pues podría ser tailandés, vietnamita o camboyano, ¿no?

GILBERTA: —Bueno, era un chino... ¿Qué hacía allí?... Yo me pregunto lo mismo. Solo me fui 2 minutos al baño y cuando volví ese ya estaba ahí.

MARÍA: —Bueno sólo era una serie... ¡No hay por qué alarmarse!

GILBERTA: —Personalmente, me gustó más aquella en la que el virus creaba zombis... Al principio era una gripe muy fuerte y, de repente, al morir, se vuelven zombis... ¡Y vaya hambre tenían estos cabrones!

MARÍA: —¿Qué comían?

GILBERTA: —¡A los pocos humanos que quedaban! Tan pronto como los devoraban, se transformaban en zombis también.

CRISTIAN: —Tengo hambre ahora... ¡Todas esas historias me han abierto el apetito!

GILBERTA: —Ya te lo digo, hija ¡cuidado con este chico! Tiene reacciones muy raras.

MARÍA: —¡Era broma, tita! ¡Cristian te está tomando el pelo!

CRISTIAN: —¡Qué va! En serio, tengo hambre... Bueno, para que os quede claro, no me he resfriado y tampoco he pillado el virus.

GILBERTA: —¡Ay, qué suerte!

MARÍA: —¿Suerte por qué?

GILBERTA: —¡Porque habría tenido que meterle un balazo en la cabeza para que no pudiese ni levantarse!

MARÍA: —Pues menos mal que no está enfermo y se protege.

CRISTIAN: —¿Piensas que la protección es realmente eficaz?

GILBERTA: —Ah, ves tú, María. ¡Hasta él duda!

MARÍA: —Venga, Cristian, cambiemos de tema.

CRISTIAN: —Ya, bueno ¿por dónde nos habíamos quedado con las series?

GILBERTA: —¡Ah, eso!, te estaba contando que, luego, perdí aún más el hilo con todas estas historias. Me acuerdo de esta otra serie en la que la prometida del muchacho fue violada por un extraterrestre invisible, mientras que, al mismo tiempo, unos gánsters asaltaban un banco y la esposa del propietario vendía drogas a los vikingos....

MARÍA: —¡Madre mía, te vas a volver loca!

CRISTIAN : —Claro, el confinamiento pasa factura.

GILBERTA: —A mi me habría gustado teletrabajar, la verdad...

CRISTIAN: —¿Su jefe no quiso?

MARÍA: —Bueno Cristian... la tita ya no trabaja. ¡Está jubilada!

CRISTIAN: —Pues no lo sabía... Bueno, de todas formas: que sea teletrabajar... estar confinado... estar desempleado a tiempo parcial... o estar en paro es casi como estar jubilado. Igual que ser un holgazán en casa...

GILBERTA: —No sé cómo tomarme esto...

MARÍA: —¡Es positivo, tita! ¡Muy positivo!

CRISTIAN: —Si... Muy positivo, señora tita. Hablando de eso, ¿me permite una pregunta?

GILBERTA: —¡Venga, muchacho!

CRISTIAN: —¿Por casualidad, no tendría algo para picar?

MARÍA: —¡Pero bueno, Cristian... !

GILBERTA: —¡Es que los vampiros zombis yonquis abren el apetito!

CRISTIAN: —¡Claro que sí!

MARÍA: —Lo siento tita, pero nos tenemos que ir. Sólo queríamos asegurarnos de que estabas bien, ahora podemos estar tranquilos.

GILBERTA: —Bueno hijo, ¿qué prefieres? ¿Una o dos lonchas de Rosbif?

CRISTIAN: —¿Ah, sí?

MARÍA: —No, no... ¡ya nos vamos, adiós, tita!

María empuja a Cristian hacia la puerta.

Escena 3: Gilberta

Gilberta saca con cuidado algunas compras de su bolso... un hacha, un cuchillo grande, una ballesta y luego un pollo.

GILBERTA: —Nunca se es demasiado precavido cuando se va de compras ahora... y es verdad que estas series me han vuelto loca... Ay, qué risa... la cara que puso el carnicero cuando en vez de sacar mi monedero, saqué el hacha de mi bolso... El chico se quedó tan blanco como su delantal... Bueno, así me ofreció un salchichón de caballo y carne picada... la próxima vez iré con un machete... Y este Cristian, pobrecito, era simpático... le habría gustado probar mi Rosbif. Pero bueno, ¡qué se le va a hacer! Más para mí... ¿A qué día estamos hoy?

Mira el programa de televisión.

GILBERTA: —¿Qué vi ayer? ¡Ah, sí, es verdad...! Ese programa de mierda donde están todos en bolas buscando gusanos y hortalizas para hacer una sopa... Vaya inútiles... dos horas para hacer un fuego... comidos por los mosquitos... un crujido de rama en la noche y ahí están, creyendo que están rodeados por animales feroces... cuando en realidad solo era una pobre lagartija volviendo a su

casita... Creo que lo más estúpido de ese programa, es que lo censuran... están en bolas pero no del todo... sin interés ninguno, vamos... Bueno, si esos son los últimos supervivientes de la tierra, no van a durar mucho... Lo mejor es que mientras los ves muriéndose de hambre y de frío, tú estás en tu sillón con una manta en las piernas, bien calentita, y comiéndote una tarrina de helado de café... bien cómoda... Entonces, es verdad, hoy es viernes... El cumpleaños de mi amiga Marcela... ¿Qué hora es? Madre mía, va a llegar en nada.

Deja el programa y va a buscar un plumero, que pasa rápidamente por encima de todos los muebles.

GILBERTA: —Ay, Marcela, buena amiga mía. Nos conocimos en el instituto... tan charlatanas como éramos las dos, nos mandaron a lo que llamaban “la biblioteca”... Creo que ahora lo llamarían “centro de documentación”. Bueno, el bibliotecario era un tipo pelirrojo, pero de un color zanahoria... Seguro que María me diría: «no se dice pelirrojo zanahoria» sino «pelo rosado con un matiz rojizo»... Qué va... En fin, este pelirrojo soso nos tenía en el punto de mira... Yo estaba sentada en una mesa, frente a esta chica, Marcela, a quien no conocía y nunca había visto por el instituto... Por supuesto, yo estaba más ocupada mirando a los chicos... Las dos hacíamos como que estábamos con un libro en las manos, pero ninguna estaba leyendo... Después de unos minutos, al cruzar nuestra mirada, le dije: «¿Qué cojones estamos haciendo aquí?». Ella comenzó a reír y me contagió su risa. Pero bueno, eso no le hizo nada gracia al *zanahorio* este... nos señaló un letrero de "SILENCIO" colgado del techo. Cuanto más se enfadaba, más nos reíamos... hasta que un ataque de risa se extendió hacia todas las personas que estaban allí... lugar supuestamente de silencio absoluto... Creo que fuimos las únicas chicas que fueron expulsadas de una biblioteca escolar... ¡desde entonces no nos hemos separado nunca...!

Escena 4: Gilberta – Marcela

Llaman a la puerta. Marcela entra vestida como si trabajara en un laboratorio de alta seguridad.

GILBERTA: -Ay, chiquilla, ¿dónde vas vestida como un astronauta?

MARCELA: -Sí, si me dejas, ¡me lo voy a quitar todo!

GILBERTA: -¡Adelante!

Marcela se lo quita todo: el casco, la mascarilla, los guantes, el traje, el cubrezapatillas. Marcela la mira.

MARCELA: -No veía bien con el casco. ¡Casi me pierdo de camino a tu casa!

GILBERTA: -Con todo eso sí que irás bien protegida...

MARCELA: -Hay que usar protección siempre.

GILBERTA: -¿A mí me lo vas a decir...?

MARCELA: -¿Crees que es demasiado?

GILBERTA: - Un poco...

MARCELA: -Por lo menos así no contagio a nadie.

GILBERTA: -¡No me digas!

Marcela termina de quitárselo todo y le da a Gilberta un beso y un abrazo.

MARCELA: -Ay, ¡no sabes lo que me alegro de verte!

GILBERTA: -Por lo menos te habrá merecido la pena vestirme como el muñeco michelín asmático.

MARCELA: -Pues claro, mi vieja amiga.

GILBERTA: -Sería una desgracia morir separadas.

MARCELA: -¿Por qué eres tan negativa?

GILBERTA: -Pero... fuera bromas... ¿Tienes que estar sudando por ahí abajo, no?

MARCELA: -¿Sí?, ¿tú crees?

GILBERTA: -Claro que lo creo... deberían añadirle algo al traje para que no te cante el ala.

MARCELA:-¿Un desodorante?

GILBERTA:-Sí. Eso, como se llame.

MARCELA:- ¡Qué ideaza!

GILBERTA:-Bueno, cuéntame, ¿qué es de tu vida, chiquilla?

Se acomodan juntas en el sofá.

MARCELA:-¿Te acuerdas de Rogelio?

GILBERTA:-Sí. Ese novio tuyo que era un poco más joven que tú.

MARCELA:-¡Ya no estamos juntos!

GILBERTA:-Ay... ¡Vaya por dios!

MARCELA:-No te preocupes... ¿Conoces a Alberto, el atractivo y misterioso bailarín de tango?

GILBERTA:-No le pongo cara...

MARCELA:-Ah, claro, es que solo estuvo una temporada.

GILBERTA:-Ah, ¡él también!

MARCELA:-¿Pablo? ¿El estudiante de medicina?

GILBERTA:-A ese tampoco lo conozco.

MARCELA:-Pues era un yogurín, eh. De hecho, quería ser ginecólogo... ¡Pero dejó sus estudios por mí!

GILBERTA:- Qué pena, un futuro médico... ¿A qué se dedica ahora?

MARCELA:-Estudia un Grado en Vulcanología.

GILBERTA:-Los volcanes... ¿Por qué no me sorprende?

MARCELA:-Por cierto, amiga, ¿cómo está tu cartero?

GILBERTA:-¿Para qué quieres saber cómo está?

MARCELA:-Pues, sin duda, por la mala fama que tienen los carteros...

GILBERTA:-¡Eres una exagerada!

MARCELA:-¿Lo has comprobado?

GILBERTA:-Pues claro que no.

MARCELA:-Entonces, ¿cómo puedes saber que tu cartero no es bueno en la cama si nunca lo has llevado allí?

GILBERTA:-Porque yo no quiero acostarme con mi cartero.

MARCELA:-¡Hay que probar de todo en esta vida!

GILBERTA:-Puede ser, pero no con mi cartero.

MARCELA:-Y, ¿qué tal con tu médico de cabecera?

GILBERTA:-¿El que tengo ahora?

MARCELA:-Al menos puedes quedarte desnuda delante del médico y no se escandalizará...
¡Suele ser él quien dice “desnúdese”!

GILBERTA:-¿No me digas que entre tus amantes están también tu cartero y tu médico?

MARCELA:-Pues sí, ¡y también el repartidor de pizzas!

GILBERTA:-¡Vaya por dios!

MARCELA:-Pero nunca repetiría con él.

GILBERTA:-¿Por qué? ¿Tan mal fue?

MARCELA:-No, pero es que después de nuestro jugueteo se nos quedaba la pizza fría.

GILBERTA:-¡Tendría que haberte llevado sushi!

MARCELA:-¡Pues no es mala idea!

GILBERTA:-Bueno, ¿y qué más haces aparte de abrirte de piernas?

MARCELA:-Estoy yendo a hipnoterapia.

Gilberta la mira sonriendo y le responde de forma irónica.

GILBERTA: -Ah Ahora entiendo por qué los hombres caen rendidos ante ti.

MARCELA:-¡Qué pícaros!

GILBERTA:-Bueno, explícame de qué va eso de la hipnoterapia.

MARCELA:-La “terapia de hipnosis” es pedir ayuda a tu subconsciente para dejar de tener ansiedad, dejar de fumar o incluso resolver los problemas sexuales.

GILBERTA:-¡Sexuales... desde luego!

MARCELA:-La persona no estará ni dormida ni consciente... estará en una especie de somnolencia...de trance.

GILBERTA:-¿Aquí es dónde te aprovechas de él?

MARCELA:-No, ahora en serio, a veces podemos enfrentarnos a traumas de la infancia, de pareja, a una fuerte adicción o a diversas neuras.

GILBERTA: -¿Y funciona?

MARCELA: -¡Claro, y con buenos resultados!

GILBERTA:-Eso es estupendo.

MARCELA:-Aunque donde he visto mejores resultados es en el sexo.

GILBERTA:-¡La madre que te trajo!

MARCELA:-Siempre he pensado que, tras una terapia, hay que ponerla en práctica para ver si funciona bien y evaluar los resultados.

Tocan a la puerta

Escena 5: Gilberta – Marcela– El doctor

Gilberta se asoma por la ventana y ve al médico.

GILBERTA: ¡Adelante, doctor!

EL DOCTOR: Disculpe, señora, aquí me tiene de nuevo... ¡qué la última vez acabamos malamente!

GILBERTA: ¡Paparruchas!

Aparece Marcela.

EL DOCTOR: ¡No sabía que tenía compañía...!

MARCELA: ¡Por mí no se preocupe!

GILBERTA: ¡Ea, ea!

EL DOCTOR: ¡Bueno, estoy listo para responder a sus preguntas...!

GILBERTA: ¿Es cierto que el laboratorio chino estaba dirigido por un francés y que éste estaba casado con una ministra?

EL DOCTOR: ¡Ah, eso no lo sé!

GILBERTA: ¿Es que los murciélagos son un chiste?

MARCELA: ¿Es que nos toman por tontos?... murciélagos, pangolines y ¿por qué no ojos de atún, testículos de pollo o embriones de pato hervidos?

GILBERTA: ¡Déjate de tonterías, que al final me vas a hacer vomitar!

EL DOCTOR: Sin embargo, su amiga tiene razón: ¡todo eso existe!

GILBERTA: ¿Estos tíos están locos, o qué?

EL DOCTOR: ¡Son su cultura y su historia!

GILBERTA: ¿Esa historia que hace que coman testículos de pollo?

MARCELA: ¡Y la cosa va a peor!

GILBERTA: ¡Ni se te ocurra decir nada más!

EL DOCTOR: ¡Hablamos de un virus!

GILBERTA: ¡Estamos hablando de políticos o científicos que no tienen ni idea de dónde viene, cómo funciona, por qué o a quién se transmite o cómo se trata!

EL DOCTOR: ¡De eso se trata!

GILBERTA: ¡O es mentira o una tremenda gilipollez!

EL DOCTOR: ¡Sin duda es alguna de las dos cosas, Gilberta!

GILBERTA: ¿Qué tienes que decir al respecto?

EL DOCTOR: ¡Esperemos que no tarden mucho en sacar una vacuna!

GILBERTA: ¿Una vacuna que haga que nos crezcan las tetas, hablar ruso y brillar por las noches?

EL DOCTOR: ¡No! Una vacuna de verdad.

GILBERTA: ¿Rusa?, ¿china?, ¿inglesa?, ¿suiza?, ¿portuguesa?

MARCELA: ¡La vacuna portuguesa hará que nos crezca el vello!

GILBERTA: ¡Pero cómo puedes decir algo tan racista, Marcela!

EL DOCTOR: ¡En mi familia hay padres portugueses!

GILBERTA: ¿Son peludos?

EL DOCTOR: ¡Ya lo creo que sí!

GILBERTA: ¡Por lo tanto, Marcela, tus comentarios son meras observaciones!

MARCELA: ¡Conviene evitar confundir ambas cosas!

GILBERTA: ¡Cierto!, pero estoy segura de que la rusa te transformará al cabo de unos meses.

EL DOCTOR: ¿En qué sentido?

GILBERTA: ¡Quizás en un zombi!

EL DOCTOR: ¡Tonterías!

GILBERTA: ¿Y por qué no?

MARCELA: Doctor, ¿y tú tienes pareja o estás soltero?

EL DOCTOR: ¡Estoy...!

GILBERTA: ¡No conteste, doctor, y salga de aquí antes de que lo pille!

EL DOCTOR: ¿Disculpe?

GILBERTA: ¡Váyase!, o no responderé por ella. ¡Puede ser extremadamente peligrosa!

MARCELA: Tiene razón... ¡Todo depende de mi apetito!

GILBERTA: ¡Se escapó de un psiquiátrico!

EL DOCTOR: ¡Eso fue de no tener sentido común!

GILBERTA: Sí, para usted... ¡Adiós, doctor, gracias por haberte pasado por aquí!

EL DOCTOR: Me voy ya. ¡Tengo más pacientes a los que visitar!

MARCELA: ¿Y a mí no?

GILBERTA: ¡Pero si tú no has pedido cita!

EL DOCTOR: Efectivamente... ¡Dios, voy a llegar tarde...! ¡Adiós, señoras, me voy!

El médico mira su reloj y sale corriendo, despidiéndose de sus dos cómplices. Al salir, choca contra un mueble.

MARCELA: ¡Esperamos verle pronto, doctor!

En cuanto sale, las dos mujeres estallan en carcajadas.

GILBERTA: ¡Acabo de ver a mi médico sonrojarse!

MARCELA: ¡Lo has acojonado con tus zombis y tu psiquiatría!

GILBERTA: ¡Creo que tú y yo vamos a pasar momentos inolvidables!

MARCELA: ¡Ya te digo!

GILBERTA: Esta noche te quedas aquí, ¿entendido?... Bueno, te voy a preparar la habitación de invitados.

MARCELA: ¡Como que tú quieras, chiquilla!

GILBERTA: ¡Venga! A ordenar un poco la habitación.

Ambas se dirigen a la habitación.

Luces – Telón

Fin del acto 2

ACTO 3

Escena 1 : Gilberta – Marcela

Gilberta está en la habitación lista para limpiar su escopeta. Marcela se levanta con el pelo alborotado.

GILBERTA: ¡Pero bueno, si es la Bella Durmiente!

MARCELA: No lo sabes tú bien... ¡Llevo todo el día soñando con mi príncipe azul!

GILBERTA: ¡No me sorprende!

MARCELA: ¡Era clavadito a tu doctor!

GILBERTA: ¡Una noche de auscultación!

MARCELA: ¡Sí!

GILBERTA: ¿Quieres un café?

MARCELA: ¡Me encantaría!

GILBERTA: ¿Biscotes?

MARCELA: ¡También!

GILBERTA: ¡Sírvete tú misma: está todo en la mesa!

MARCELA: ¿Qué haces?

GILBERTA: ¡Limpiando mi escopeta!

MARCELA: ¿Y se puede saber qué haces con una escopeta?

GILBERTA: ¡Preparándome!

MARCELA: ¿Para la tercera guerra mundial?

GILBERTA: ¡Me defenderé de todos los bárbaros y salvajes que pretendan imponer su ley y de todos esos mequetrefes que quieran entrar en mi casa y robarme!

MARCELA: ¡Encontrarán a alguien con quien hablar!

GILBERTA: ¡Al menos habrá alguien que les dé su propia medicina!

MARCELA: ¡Bien dicho!

Gilberta se asoma por la ventana.

MARCELA: ¿Esperas a alguien? ¿A tu querido doctor?

GILBERTA: No, al cartero que me tiene que traer un paquete.

MARCELA: ¿También compras libros por internet?

GILBERTA: ¡No son libros!

MARCELA: ¿Ropa...? ¡A mí jamás se me ocurriría, prefiero probármela antes... como los zapatos...!

GILBERTA: ¡Ni ropa, ni zapatos!

MARCELA: ¿Herramientas?

GILBERTA: ¡Sí, en cierto modo!

MARCELA: ¿Para hacer arreglos?

GILBERTA: ¡Exactamente!

MARCELA: Yo intento no comprar por internet. ¡No me fio!

GILBERTA: ¡Bueno... a mí nunca me han estafado

Marcela hace una pausa para comerse un biscote.

MARCELA: ¿Cómo es tu cartero?

GILBERTA: ¡Pues como un cartero!

MARCELA: ¿Con uniforme de cartero... y gorra?

GILBERTA: ¡Sí, como todos los carteros!

MARCELA: Me encantan los hombres en uniforme... ¡Son mi debilidad...!

GILBERTA: Bueno... ¡por lo que me dijiste ayer no solo los hombres en uniforme son tu debilidad!

MARCELA: Es posible, ¡es que soy muy enamoradiza!

GILBERTA: ¡Sin duda alguna que lo eres!

MARCELA: ¿Cómo se llama tu cartero?

GILBERTA: ¡Pues no sé!

MARCELA: ¿Es un mozo atractivo?

GILBERTA: ¡No tengo ni idea!

MARCELA: ¡Estoy deseando verlo!

GILBERTA: ¡Vendrá de camino, pero te vas a llevar un chasco, porque llevará mascarilla!

MARCELA: Bueno... ¡La boca no es lo único importante!

Llaman a la puerta.

Escena 2 : Gilberta – Marcela – El cartero

GILBERTA.— ¿Quién es?

EL CARTERO.— No se preocupe, doña Gilberta, soy el cartero. Le traigo un paquete.

MARCELA.— Qué voz tan bonita.

GILBERTA.— Entre, pero no me ensucie la casa. Límpiense los pies en la alfombra.

EL CARTERO.— ¡Sí, doña Gilberta!

Entra y se limpia los zapatos en el felpudo.

MARCELA.— Menos mal que no se lo ha tomado al pie de la letra... el pobre tendría que haberse parado a lavarse los pies.

GILBERTA.— ¡Qué tonta eres!

EL CARTERO.— ¡Ya está! Ya no voy a ensuciar nada.

MARCELA.— ¡Buenos días, señor cartero!

GILBERTA.— Es una amiga.

EL CARTERO.— Buenos días, amiga de doña Gilberta.

MARCELA.— Buenos días, señor cartero...¿tiene nombre?

GILBERTA.— ¡Pero Marcela!

EL CARTERO.— No se avergüence, mujer. Me llamo Fermín.

MARCELA.— Fermín... qué bonito nombre.

GILBERTA.— Bueno... y el paquete... ¿se ha desinfectado las manos con gel hidroalcohólico antes de dármelo?

EL CARTERO.— ¡Claro!

Le da el paquete a Gilberta. Gilberta se pone unos guantes y lo coge. Después, mira el paquete por todos lados.

MARCELA.— ¡Muchas gracias, don Fermin!

GILBERTA.— Bueno, parece que el paquete está bien.

EL CARTERO.— Lo que tiene que estar bien es lo de dentro.

GILBERTA.— ¿Qué? ¿Ha abierto mi paquete?

EL CARTERO.— Pero... ¡No, por Dios!

GILBERTA.— ¿Entonces cómo sabe lo que hay dentro?

EL CARTERO.— Yo no sé nada, doña Gilberta.

MARCELA.— ¿Qué es?

GILBERTA.— Una cosa para hacer repostería.

MARCELA.— Vale pero, ¿el qué?

GILBERTA.— Un rodillo.

Se cae un papel del paquete. El cartero se da cuenta y lo recoge. Se lo da a Marcela para que ella se lo dé a Gilberta.

EL CARTERO.— Se acaba de caer algo del paquete.

MARCELA.— Seguro que es la factura.

GILBERTA.— Pues sí.

EL CARTERO.— Tome.

MARCELA.— Gracias. Toma, Gilberta.

Cuando va a dárselo a Gilberta, Marcela le echa un ojo al papel.

GILBERTA.— ¡Gracias!

MARCELA.— ¡La virgen con el rodillo!

GILBERTA.— Hacen falta utensilios de calidad para hacer cosas buenas.

EL CARTERO.— Tiene razón, no hay nada mejor que un utensilio macizo.

MARCELA.— Macizo tiene que ser.

GILBERTA.— ¿Por qué dices eso?

EL CARTERO.— Eso, ¿por qué?

MARCELA.— El “Rocco Siffredi”.

Un silencio incómodo invade al cartero y a Gilberta

GILBERTA.— Qué nombre tan raro para un rodillo.

EL CARTERO.— Muy raro.

MARCELA.— Bendito material.

GILBERTA.— Bueno, ya está bien con tus alusiones fuera de lugar.

EL CARTERO.— De todas formas venía bien empaquetado. Era imposible adivinar lo que había dentro.

MARCELA.— El “Rocco Siffredi”

GILBERTA.— Bueno, ya está todo, ¿no?

MARCELA.— Eso no lo sabemos...

GILBERTA.— Ya está bien la broma, ¿no?

EL CARTERO.— Bueno, yo me voy.

MARCELA.— Ah, ¿no quiere tomar un café?

Gilberta la mira con un gesto de desaprobación.

EL CARTERO.— No le voy a decir que no.

Le sirve una taza.

MARCELA.— ¿Azúcar? ¿Leche?

EL CARTERO.— Sí, por favor.

Le da su taza de café.

MARCELA.— Se va a tener que quitar la mascarilla para beberse el café...

GILBERTA.— Anda que se corta...

EL CARTERO.— ¿Me la puedo quitar, doña Gilberta?

GILBERTA.— Sí, sí puedes, Fermín.

El cartero se quita la mascarilla y bebe delicadamente el café, mientras que Marcela lo mira con los ojos maravillados.

EL CARTERO.— Hace calor con las mascarillas... sienta bien quitársela de vez en cuando... riquísimo su café, por cierto.

MARCELA.— ¿Qué piensa de este virus?

EL CARTERO.— Pues yo creo que ha sido fabricado por los que se forran con las mascarillas, las investigaciones sobre el virus y la vacuna.

MARCELA. — ¿Cosa de los militares?

EL CARTERO.— No creo... más bien de los laboratorios de los que sacan dinero los políticos corruptos o involucrados, de muchos médicos que mienten y niegan hechos en los programas de televisión, los periodistas que muerden el anzuelo... en fin, unos cientos de millones comparándolos con unos cientos de miles de millones, no es nada.

MARCELA.— Me cae muy bien.

GILBERTA.— ¡Anda! No sabía que mi cartero también era analista.

EL CARTERO.— Tan solo es mi opinión.

MARCELA.— ¿Ha acabado ya su turno?

EL CARTERO.— Sí, este era el último paquete por repartir.

MARCELA.— ¡Qué bien! Así podemos hablar un poco más y conocernos.

GILBERTA.— ¡Entonces soy yo la última en recibir los paquetes!

EL CARTERO.— Para nada, señora Gilberta, ha sido casualidad... En cualquier caso, hoy está usted bastante bien, si me hubiera quitado la mascarilla la última vez que pasé por aquí, hubiese sido un blanco fácil.

MARCELA.— Blanco fácil... me encanta esa expresión.

GILBERTA.— Bueno Marcela, relájate anda... El cartero va a acabarse su café y se va a ir a su casa.

EL CARTERO.— Hum, sí, ya me voy... gracias por el café. Adiós, doña Gilberta, y... ¡adiós!

MARCELA.— ¡Marcela!

EL CARTERO.— ¡Adiós, Marcela!

El cartero deja rápidamente la taza, se pone su mascarilla y se va por la puerta asegurándose de lavarse las manos con gel hidroalcohólico y limpiando el pomo de la puerta mientras Gilberta lo penetra con la mirada.

Scena 3 : Gilberta – Marcela

MARCELA.— Qué simpático es este cartero ¿eh?

GILBERTA.— Sí, muy atento.

MARCELA.— ¿Qué vas a hacer este fin de semana?

GILBERTA.— Puede que vaya al cine.

MARCELA.— Está cerrado.

GILBERTA.— Pues al teatro.

MARCELA.— Lo ha prohibido el Ayuntamiento.

GILBERTA.— Iré al restaurante.

MARCELA.— Lleva completo diez días.

GILBERTA.— Al parque.

MARCELA.— Lo cerraron antes de ayer.

Gilberta se calla de repente.

GILBERTA.— ¡Pues me van a dar por culo!

MARCELA.— ¡Esa boca!

GILBERTA.— No paran de hablarnos de la seguridad, una y otra vez.

MARCELA.— ¡Solo se les ocurren excusas!

GILBERTA.— ¡No me vayas a decir que desde que empezó la pandemia no han sido capaces de limpiar esas malditas salas de conciertos!

MARCELA.— Tampoco lo entiendo con los parques.

GILBERTA.— ¡Los restaurantes se van a la quiebra!

MARCELA.— Y las discotecas...

GILBERTA.— ¡Se van a la mierda!

MARCELA.— Algunos han improvisado bares.

GILBERTA.— ¿Cómo que han improvisado bares?

MARCELA.— Sí, lo he visto en alguna que otra cochera.

GILBERTA.— Es una estupidez, pero tampoco es que den muchas opciones...

MARCELA.— Al menos se toman una cervecilla...

GILBERTA.— ¡Y cacahuetes salados!

MARCELA.— ¡Y patatas!

GILBERTA.— ¡Y salchichón!

MARCELA.— ¡Y más embutido!

GILBERTA.— ¡Sí, queso y jamón!

MARCELA.— ¡Queso curado!

GILBERTA.— ¡Qué bueno!

MARCELA.— ¡Son unos cabrones cerrando todo!

GILBERTA.— ¡Estoy cagada!

MARCELA.— ¿Por qué?

GILBERTA.— ¡Por todo!

MARCELA.— Es que en realidad es peligroso.

GILBERTA.— Que sí, que algunos mueren por el virus, pero tampoco hace falta alarmar a las masas de esa manera, porque al final uno deja de confiar en los medios.

MARCELA.— ¡Mentira no es!

GILBERTA.— Lo que yo te digo... sales a la calle y gritas: “mi marido ha muerto y se ha transformado en zombi... ¡Socorro!” ... y te pones a correr lo más rápido que puedas...te aseguro que en menos de dos minutos leerás en todas las redes sociales que los chavales se han transformado en zombis... También habrán visto a un chico con una pierna en la boca..., unos un grupo devorando a una abuela... otros a gente con armas de fuego disparando a todo lo que no ande recto...

MARCELA.— ¡Una verdadera locura!

Gilberta saca la escopeta del sofá, la limpia y la guarda detrás del armario. Marcela la mira y fija la mirada en la escopeta.

GILBERTA.— La gente está asustada sin verificar las fuentes siquiera... como los periodistas, porque internet no ha ayudado nada... ¡la información se debe transmitir en directo!

MARCELA.— Oye, Gilberta... ¿por qué tienes esa escopeta?

GILBERTA.— ¡Para los zombis!

MARCELA.— ¡Eres gilipollas!

GILBERTA.— ¡Hay que defenderse bien!

MARCELA.— ¡Anda ya, loca!

Alguien aporrea la puerta. Gilberta coge su escopeta y dispara hacia la puerta.

Escena 4: Gilberta – Marcela – El doctor

Se escucha un ruido y se hace el silencio.

GILBERTA.— ¡Se ha disparado sola!

MARCELA.— ¡En cualquier caso, buen disparo!

GILBERTA.— ¡Y mi puerta se ha roto!

MARCELA.— Bueno, un bonito agujero a la altura de la cara.

GILBERTA.— ¿De verdad?

MARCELA.— De un metro ochenta, diría yo.

GILBERTA.— ¿Y...?

MARCELA.— ¡Le has volado la cabeza!

GILBERTA.— ¡No sabía quién era!

MARCELA.— Ve a mirar.

GILBERTA.— ¡No! Debe ser horrible.

MARCELA.— Bueno, un hombre sin cabeza.

GILBERTA.— Si es alguien que conocía no me voy a recuperar en la vida.

MARCELA.— Creías que era una agresión.

GILBERTA.— Me consolaré diciendo que creía que los zombies me iban a comer.

MARCELA.— Testificaré a tu favor.

GILBERTA.— ¿Y qué vas a decir?

MARCELA.— Que eso golpeaba y gruñía al otro lado de la puerta.

GILBERTA.— Gracias, Marcela.

MARCELA.— Bueno, ahora mira a ver quién era.

GILBERTA.— ¡Tengo miedo!

MARCELA.— Voy contigo si quieres.

Fuera se escucha una voz. Es el doctor.

EL DOCTOR.— ¡Alto el fuego!... Soy el doctor.

GILBERTA.— ¿El doctor?

MARCELA.— ¡Un metro setenta y cinco!

GILBERTA.— ¿Qué pasa con un metro setenta y cinco?

MARCELA.— ¡El tiro le ha pasado justo por encima de la cabeza!

GILBERTA.— ¡Qué suerte! ¡Entre, doctor!

Entra completamente aturdido.

MARCELA.— ¿Está bien doctor?

EL DOCTOR.— ¡Buf!

GILBERTA.— Está usted blanco.

MARCELA.— ¡Pálido!

EL DOCTOR.— ¡No me suelen disparar!

GILBERTA.— ¡No iba para usted!

MARCELA.— Es verdad, Gilberta ha matado un pedazo de araña que no veas.

GILBERTA.— ¿Una araña?

MARCELA.— Lo que pasa es que en lugar de coger una zapatilla para aplastarla... le ha disparado con la escopeta... ¡En fin!

EL DOCTOR.— ¡Está histérica, doña Gilberta!

MARCELA.— ¡Con todas sus historias del virus y de lo que está pasando, es normal que se le vaya la cabeza!

GILBERTA.— ¿Una pequeña depresión, doctor?

EL DOCTOR.— No sé, pero debo de tener lo mismo.

MARCELA.— ¡Estamos todos en las mismas!

GILBERTA.— ¿Por qué ha venido? ¡No lo había llamado!

EL DOCTOR.— Porque me he traído un medicamento experimental de uno de mis amigos.

GILBERTA.— ¡No pienso probar nada de nada!

EL DOCTOR.— ¡Es inofensivo!

GILBERTA.— Si es inofensivo, no es un medicamento.

Se saca un frasco de su bolsillo.

EL DOCTOR.— Es un extracto de cannabis medicinal.

MARCELA.— ¡Yo sí que quiero probarlo!

GILBERTA.— ¿Qué efectos secundarios tiene eso?

EL DOCTOR.— Yo lo voy a probar, que a mí también me hace falta.

Le da un buen trago. Marcela toma el frasco y bebe también. Se lo da a su amiga Gilberta, quien duda, pero finalmente le da un trago.

MARCELA.— No está mal...

GILBERTA.— Diría que tiene un gusto a pimienta y a menta.

EL DOCTOR.— ¿Ah, sí? Voy a probarlo otra vez.

Hacen una segunda ronda.

MARCELA.— Sí, es extraño... sutil... ¡cósmico, sin duda!

GILBERTA.— Yo no sé si será de otro planeta, pero es muy ligero.

EL DOCTOR.— No he leído cuánta es la dosis... ñeh, es natural, no puede ser malo.

MARCELA.— ¿No eran los japoneses los que se bebían esta mezcla antes de echar un polvo?

Gilberta y el Doctor la miran un poco aturcidos.

GILBERTA.— ¿Por qué los japoneses?

EL DOCTOR.— ¡Venga, ¡*banzai*...!

Y el doctor vuelve a dar otro trago.

MARCELA.— He dicho japonés porque... No sé por qué... Podría haber dicho...

GILBERTA.— ¡Tibetano!

EL DOCTOR.— Tibetano... ¡y por qué no nepalés! Je, je, je, je, je, je.

El doctor estalla de risa.

MARCELA.— Entonces, doctor, ¿este virus de dónde viene?

EL DOCTOR.— Los laboratorios han mezclado unas cosas con otras... Un poquito de Ébola... una pizca de sida... un chorrillo de gripe aviar... una pincelada de gripe asiática... Un tonto no se puso su traje de protección y *voilà*... Iba al mercado a vender los pangolines del laboratorio para llegar a fin de mes... un bicho infectado de esos... ¡y zas, todo el mundo se ha tragado el virus del laboratorio!

MARCELA.— ¡Este tío es tonto!

GILBERTA.— ¡Tonto del todo!

EL DOCTOR .— Señoras... es mi turno.

Le da otro trago y pasa el botellín.

MARCELA.— Gilberta, ¿por qué está pasando un erizo por la cocina con un paquete de fresones?

GILBERTA.— Es para dárselo a la tortuga que está tumbada en el canapé.

EL DOCTOR. — Los animales están muy sanos por aquí... lo noto por el aspecto del caballo que está trotando en la entrada.

MARCELA .— Me siento muy relajada...

GILBERTA.— Muy relajada...

EL DOCTOR .— Está bien, es lo que hace este... este... ¡medicamento!

MARCELA.— ¿Por qué sois tantos?

GILBERTA.— ¿Cómo que tantos?

EL DOCTOR .— Yo me voy a echar una cabezadita.

El doctor se echa al canapé con una risita burlona.

MARCELA.— Mira, ¡si hay tres tú!

GILBERTA.— Pues como no era difícil soportar a una... ¡Ahora a tres!

EL DOCTOR .—¿Cómo hago para que el canapé deje de moverse?

MARCELA.— Tienes que decir “¡Stop!”

EL DOCTOR .— ¡Stop!

El doctor se queda dormido.

MARCELA .— Bueno, mi bizcochito de limón... voy a cerrar un ojo y luego el otro...

Ella también se queda dormida. Gilberta se da cuenta de que queda un poco del medicamento en el frasco, y se lo termina.

GILBERTA.— Voy a echar a todos los animalitos... fuera, caballo... fuera, erizo... fuera, tortuga... Espero que el doctor no tenga más consultas... Bueno... voy a echarme en este sillón tan blandito... Pero, callaos, ranas... ¡silencio!

Ella también se queda dormida.

Luces – Telón

Fin del acto 3

ACTO 4

SCENA 1 : Gilberta

Gilberta aparece en la habitación en bata totalmente despeinada. Mira a todos lados como si estuviera asimilando la realidad.

GILBERTA: - Me duele un montón la cabeza... Intento enfocar la vista para volver en mí... al mismo tiempo no me encuentro mal...más bien calmada... ¿Pero qué pasó anoche?

Se acerca a la ventana y vuelve cojeando. Se mira la pierna. Decide caminar en círculo para observar su forma de caminar con más atención.

GILBERTA: - ¿Pero qué? Parece que he perdido fuerza en esta pierna... ¿o tengo más fuerza en esta?... ¡Esto es muy raro...!

Se da una vuelta por la habitación...un poco más lento...más .

GILBERTA: - Voy a tener que llamar al médico por algo serio esta vez... Esto no es ni medio normal... Me va a decir que está ocupado toda la mañana... que vaya a verle a consulta, pero que tenga cuidado con las medidas de seguridad... Vaya nombre más tonto... medidas de seguridad...

Coge el teléfono y se sienta en el sillón.

GILBERTA: - ¿Llamo ya o me espero un poco?... ¡Pero reacciona! Estúpida pierna... Espero que no sea ningún accidente cardiovascular... los brazos me funcionan bien... Pero tengo la

cabeza como aturdida... ¿podré vocalizar bien?... A.E.I.O.U... las vocales me salen... B.F.M.S.T.W ... Vale, las consonantes parece que también... ¿A ver un trabalenguas? ... Tres tristes tigres tragan trigo en un trigal... El perro de San Roque no tiene rabo porque Ramón Ramírez se lo ha quitado.

.... Vale, parece que la mandíbula y los músculos faciales van bien... ¿San Roque tenía un perro? ... ¿Y quién era Ramón Ramírez? ... Eso da igual, es sólo un trabalenguas... ¿Pero yo qué hago con esta pierna?

Se endereza al no notar ninguna mejoría, se sienta y finalmente decide llamar.

GILBERTA: - Hola, ¿es el consultorio del centro de salud? Soy Gilberta... ¿Está allí el doctor? ... ¿Cómo que no?... ¿Ha salido? ...¿Cómo que no ha venido esta mañana?...Yo lo vi ayer y parecía estar bien... ¿Que dónde?...Pues estuvo en mi casa...¿Qué si soy la última persona que lo ha visto?...Pues no lo sé...¿A qué viene todo esto?...Ni que lo hubiese matado...Alomejor está con su amante...¿Ah que eres su mujer además de su secretaria?... hola...Cálmate, no lo tengo secuestrado en el sótano...¿Pero, y yo que hago para que me den cita?...Que espere a que haya noticias de él...Bueno, vale...Muchas gracias por curarme la pierna...Adiós...Madre mía, no ha tardado en colgar... Dios, vaya historia... El doctor se encuentra en paradero desconocido y parece que ha dormido fuera... Una historia de mierda en verdad... si no recuerdo mal, tengo su número de teléfono...me lo dio una vez para llamarlo en caso de urgencia... ¡Esto es una urgencia!

Escena 2 : Gilberta – El doctor – Marcela

Marca el número del médico.

GILBERTA: - Al menos da tono...parece que aún le queda batería...¿responderá?...¿Hola? ¿Doctor?

Se escucha al doctor responder desde la habitación de al lado: el dormitorio.

EL DOCTOR: - ¿Sí?

GILBERTA: - Ah, bueno, al menos no está muerto...Me gustaría verle porque estoy sufriendo un problema de motricidad, si se puede decir así...¡la pierna no me está funcionando como debería!

EL DOCTOR: - ¿Tu pierna?

GILBERTA: - Sí... espere un momento...es como si le estuviese escuchando desde dos sitios diferentes...en fin...Una pierna me funciona peor que la otra...¿Podría venir a hacerme una consulta?

EL DOCTOR: - ¿Ahora mismo?

GILBERTA: - Bueno, si puede... Eh, doctor...he llamado a su consultorio y parecían preocupados...¿Cuándo podría venir?

El doctor sale de la habitación en calzoncillos, teléfono en mano.

EL DOCTOR: - ¡Pero si estoy aquí!

Pega un grito del susto del susto.

GILBERTA: - ¿Pero qué hace en mi casa? ¿Y así?

EL DOCTOR: - No lo sé muy bien, la verdad.

GILBERTA: - ¿Estaba en mi habitación?

EL DOCTOR: - He dormido ahí.

GILBERTA: - ¿Conmigo?

EL DOCTOR: - ¡Sí!

GILBERTA: - Pero, ¿hemos..?

EL DOCTOR: - Ni idea

GILBERTA: - ¿Cree que nos hemos acostado?

EL DOCTOR: - No lo sé, pero es posible.

GILBERTA: - El doctor y yo en la cama... Dios... ¡no me acuerdo de nada!

EL DOCTOR: - ¡No sólo eso!

GILBERTA: - ¿Qué quiere decir?

EL DOCTOR: - ¡Que no éramos sólo dos!

Marcela aparece en bata y con los pelos por todos lados.

MARCELA: - ¡Hola, cariño!

GILBERTA: - ¿Estabas aquí?

EL DOCTOR: - ¡He dormido entre vosotras!

GILBERTA: - Y con Marcela... ¿Ha habido tema?

EL DOCTOR: - ¡Todavía no lo sé!

MARCELA: - ¡He dormido super bien!

GILBERTA: - ¿Eso es una señal, no?

EL DOCTOR: - ¡No estoy seguro!

GILBERTA: - Vaya panorama... ¿Pero cómo hemos acabado los tres en mi cama?

EL DOCTOR: - ¡El pequeño frasco supongo...!

GILBERTA: - ¿Qué frasco?

MARCELA: - ¡Que sí, Gilberta, el medicamento a base de extracto de cannabis!

GILBERTA: - ¿Yo me bebí eso?

EL DOCTOR: - ¡Y no solo un poquito!

GILBERTA: - ¡Joder, he perdido la memoria!

MARCELA: - ¡Mejor!

GILBERTA: - ¿Qué? ¡Cuéntamelo todo!

EL DOCTOR: - Lo de su pierna a lo mejor son los efectos secundarios, ¡pero no va a durar!

GILBERTA: - ¡Por Dios, Marcela, desembucha!

MARCELA: - ¡Estoy bromeando, cariño, yo también he olvidado qué pasó anoche!

EL DOCTOR: - ¡Yo también!

GILBERTA: -No puedo creerlo... Yo... mi mejor amiga... el doctor... en la misma cama... Aquí... en mi habitación... en ropa interior... El doctor en calzoncillos... Sale de mi cama... de mi habitación... Esto es una pesadilla... tengo que pellizcarme... pues no, sí que están aquí... los dos... Pues bien... ¿Supongo que no había ninguna distancia de seguridad... mascarillas tampoco...?

EL DOCTOR: - ¡Sin duda!

GILBERTA: - No me gustan sus expresiones... ¡Sin duda, dice...!

MARCELA: - No hagas un drama... Lo que pasó ha pasado, ha sido olvidado por todos los protagonistas, entonces, aquí no ha pasado nada... amnesia general... ¡De hecho me arrepiento un poco...!

GILBERTA: - ¿Crees que yo no?... ¡Y su señora que está tan preocupada!

EL DOCTOR: - ¿Qué señora?

MARCELA: - ¡Creo que habla de tu mujer!

GILBERTA: - ¡Por cierto, la secretaria es su mujer!

EL DOCTOR: - ¿Estoy casado?

MARCELA: - ¡Pues parece!

GILBERTA: - ¡Por supuesto!

EL DOCTOR: - ¿Pero cuántos años tengo?

MARCELA: - ¡No aparentas tu edad!

GILBERTA: - ¡Unos cincuenta años!

EL DOCTOR: - ¿Tan viejo?

MARCELA: - ¡Espero que los efectos secundarios también desaparezcan con el tiempo!

EL DOCTOR: - ¡Era un producto experimental!

MARCELA: - Ah, ¿estás recuperando la memoria?

EL DOCTOR: - ¡Recuerdo haber llegado aquí con este frasco de extracto de cannabis!

MARCELA: - ¡Le dimos buen uso, eso está claro!

GILBERTA: - Pero entonces nosotros... ¿nos hemos acostado?

EL DOCTOR: - ¡La dosis era tan fuerte que sin duda nos quedamos completamente fritos!

MARCELA: - ¡Qué lástima!

GILBERTA: - ¡Lo prefiero así!

EL DOCTOR: - ¡Bueno, tengo que irme ya, voy a vestirme y volver al consultorio!

El doctor va a la habitación con prisa para vestirse

MARCELA: - ¡Qué noche!

GILBERTA: - ¡No recuerdo nada!

MARCELA: - ¡Tenía que haber puesto una cámara!

GILBERTA: - ¿Estás loca?

MARCELA: - ¡La verdad que no está nada mal el doctor en calzoncillos!

GILBERTA: - ¿Te imaginas si recuperamos la memoria y descubrimos que...?

MARCELA: - ¿Pero qué importa?

GILBERTA: - ¡No exageres!

El doctor vestido pasa corriendo y se despide de las dos mujeres

EL DOCTOR: - ¡Hasta luego, señoras!

MARCELA: - ¡Hasta luego, doctor!

Ambas van a mirar por la ventana.

GILBERTA: - ¿Qué le va a decir a su mujer?

MARCELA: - ¡Que fue al hospital local para echar una mano con los pacientes de Covid!

GILBERTA: - ¡Qué pícaro, el doctor!

Escena 3: Gilberta –Marcela – El cartero

Llaman a la puerta.

GILBERTA: - No creo que sea el doctor, ¡porque lo he visto saliendo por patas con su *Porsche!*

Grita yendo hacia la puerta.

GILBERTA: - ¿Quién es?

EL CARTERO: - El cartero... ¡Tengo un paquete para usted!

MARCELA: - ¡Pero bueno! Sí que pides a menudo... ¿juguetes otra vez?

GILBERTA: - ¡Por favor!

EL CARTERO: - ¿Lo dejo delante de la puerta y me voy?

MARCELA: - ¡No!

GILBERTA: - ¡Pase, pero límpiese los pies en el felpudo!

EL CARTERO: - ¡Menudo agujero tiene en la puerta!

MARCELA: - ¡No sabe disparar!

El cartero pasa con su paquete.

GILBERTA: - ¿Qué es?

EL CARTERO: - No sé... Correos asegura una total confidencialidad en cuanto a los paquetes que envía a los usuarios!

MARCELA: - ¡Qué bien habla tu cartero!

EL CARTERO: - ¡Pero... visto el embalaje... el peso... y el remitente...!

MARCELA: - ¡Esto viene de alguna web atrevida seguro!

GILBERTA: - ¡Marcela!

EL CARTERO: - ¡De una tienda online prohibida para menores!

MARCELA: - ¿Qué... ya has comprado en Platanomelón?

GILBERTA: - ¡Qué dices! ¡Creo que son frutas confitadas de Madagascar!

EL CARTERO: - ¡Más bien serán plátanos!

Se empiezan a reír él y Marcela.

MARCELA: - Qué gracioso... ¡usted podría haber sido cómico!

GILBERTA: - Ya veo... confidencialidad... secretismo... enhorabuena, Correos... ¿dónde he dejado mi escopeta?

EL CARTERO: - Que no, doña Gilberta, si estoy bromeando... ¡Seguramente sea cualquier prenda o un jersey que habrá pedido usted!

MARCELA: - ¡Un conjunto de *Lola Bunny* con orejas de conejo a juego!

Se ríen de nuevo ambos.

GILBERTA: - ¡Ah sí! ¡Había pedido un jersey de lana de *shetland*!

EL CARTERO: - ¡Sí, lana de poni!

MARCELA: - Ay, ¿qué divertido es, no, Gilberta?

GILBERTA: - No... ¡sobre todo si es a mi costa!

EL CARTERO: - No, doña Gilberta, es por aportar algo de humor en estos momentos tan tristes y angustiosos... ¡Que es muy raro últimamente!

MARCELA: - La verdad es que entre el número de muertes, que no dejan de aumentar día tras día, y las muertes que esperamos y no llegan, ¡suficiente nos comemos la cabeza!

GILBERTA: - ¡Nos volvemos todos un poco locos!

EL CARTERO: -Ayer fui a entregar un paquete en el buzón de una clienta y resulta que mandó a su perro con una mascarilla a recoger el correo!

MARCELA: - ¿Con una mascarilla?

GILBERTA: - ¿Pero cómo pudo coger el correo?

EL CARTERO: -¡Le ató a la pobre criatura una cestita para que dejara el correo!

MARCELA: - ¡Qué práctico!

GILBERTA: - ¡Pero como para llegar a hacer eso!

EL CARTERO: - ¡No fue tan fácil cuando le entregamos el carbón!

Las dos mujeres se miran y sonrían. Se parten de risa los tres.

MARCELA: - ¡Y si fuesen bombonas de gas!

GILBERTA: - ¡O leña para la chimenea!

EL CARTERO: - ¡O dos cajas de latas de cerveza!

MARCELA: - ¡Pobre perro!

Se parten de risa de nuevo.

GILBERTA: - ¡Suficiente para llamar a la sociedad protectora de animales!

EL CARTERO: - ¡O la inspección de trabajo!

MARCELA: - ¿Por qué razón llamarías a la inspección de trabajo?

EL CARTERO: - ¡Por trabajar a escondidas a cambio de huesos!

MARCELA: - ¡Este es tonto!

Se ríen de nuevo.

EL CARTERO: - ¡Bueno, tengo que terminar mi jornada!

MARCELA: - ¿Ha venido con la furgoneta?

EL CARTERO: - ¡No, si te parece tengo al burro aparcado en doble fila!

MARCELA: - Ah, sí, ahí está... puedo acompañarle?

EL CARTERO: - ¡Por qué no!

Marcela corre hacia la habitación para ponerse un vestido.

MARCELA: - ¡Espere un momento que me ponga un vestido!

EL CARTERO: - ¡Claro!

GILBERTA: - ¡No tarda ni un minuto!

EL CARTERO: - ¿Tan rápida es?

GILBERTA: - ¡Es así de rápida en todo!

EL CARTERO: - ¿En todo? ¿Qué quiere decir?

GILBERTA: - ¡Ya lo verá!

EL CARTERO: - ¡No me asuste!

GILBERTA: ¡Vale, un jinete como usted capaz de dominar un burro, debería ser capaz de domar a mi amiga Marcela!

El cartero sonríe. Marcela ya está lista con su vestido, sus zapatos y su bolso.

EL CARTERO: - Tenía usted razón: ¡Speedy Gonzales, el ratón más veloz de todo México!

MARCELA: -¿Vamos?

EL CARTERO: - Vamos... hasta luego, doña Gilberta!

MARCELA: - ¡Hasta luego, cariño!

GILBERTA: - ¡Que os vaya bien con las entregas!

Los ve alejarse y sonríe.

Escena 4: Gilberta – Cristian – María

GILBERTA : - Bueno, voy a hacer la cama y a ordenar la habitación.

Llaman a la puerta.

GILBERTA : - De todos modos... ¡No se debe visitar a las personas de riesgo!

Abre la puerta.

GILBERTA : - Ah, ¿qué hacéis aquí, mis niños?

MARÍA : - ¡Hemos pasado a saludarte, tita!

GILBERTA : - ¡Quitaos las mascarillas ahora mismo!... Estoy cansada de no veros la cara al entrar.

Los niños se las quitan.

MARÍA : - ¿Qué le ha pasado a la puerta?

GILBERTA : - ¡Es para que ventile!

Los niños se miran sorprendidos.

CRISTIAN : - ¿Necesitas algo? ¿Tienes que hacer la compra?

GILBERTA: No, mi niño, yo hago mis recados sola... con todas estas restricciones y prohibiciones, ¡ya no podemos vivir!

MARÍA: Sí, pero es más precavido, tita.

GILBERTA : -Mi pequeño Cristian, ¿puedes poner las noticias?

CRISTIAN: -¿En qué ordenador?

MARÍA: - En el ordenador no, Cristian, ¡enciende la televisión!

El joven obedece. Un periodista da las noticias sobre el virus y su evolución, como cada tarde.

EL PERIODISTA: - Giro inesperado sobre el tema del virus... Las cifras han descendido tanto que incluso se habla de la desaparición del virus... El miércoles se organizará un nuevo consejo de seguridad. Nuestras fuentes indican que se abandonarán todas las medidas impuestas, aunque los españoles seguirán manteniendo algunas directrices de seguridad que contribuirán a disminuir los casos de otras enfermedades víricas, la más importante: ¡la gripe estacional!

GILBERTA : - ¡Ya era hora!

EL PERIODISTA: - Por otro lado, se ha lanzado una orden de arresto internacional tras descubrir que un jefe de laboratorio, una ministra y el consejo científico son sospechosos de haber creado el virus con la ayuda de organismos internacionales. Dos directores de la industria farmacéutica serán igualmente juzgados por la justicia. Se dice que podrían haber financiado con grandes sumas de dinero a investigadores, médicos y políticos para mantener un clima conflictivo. Se encuentran al inicio de la búsqueda de la esperada vacuna...

GILBERTA : - ¡A la cárcel todos estos cabrones!

EL PERIODISTA : - Sabemos, además, que el procedimiento puede llegar a durar hasta veintitrés años...

GILBERTA : - No irán a la cárcel... Esta gente siempre se sale con la suya ... ¡Apaga la tele, mi niño!

Cristian obedece. Maria está enfadada.

MARÍA : - Vaya, pero ¿y todas estas personas mayores que han fallecido solas en las residencias?

GILBERTA : - ¡Las gallinas que entran por las que salen!

MARÍA : - ¿Y los auxiliares que han trabajado como locos en reanimación?

GILBERTA : - ¡A tomar viento!

CRISTIAN : - ¡Han muerto hasta algunos auxiliares!

GILBERTA : - ¡Una vez muertos, se olvidan de ellos!

CRISTIAN : - Muchas empresas han cerrado porque se endeudaron.

GILBERTA : - ¡Justamente, no como los laboratorios o los supermercados!

CRISTIAN : - ¡Toda esta gente en el paro o sin un duro!

GILBERTA : - ¡El comedor social se va a usar más que nunca!

MARÍA : - Igualmente, ¿no existe la justicia!

GILBERTA : - ¡A quién le hablas...!

MARÍA : - ¡Qué tiempos de mierda!

CRISTIAN : - ¡Así es la vida!

GILBERTA : - Veis, niños, hay que ser positivo... Hay que tener pensamiento crítico y también los pies sobre la tierra... Hay que ser realista pero inconformista ¡He participado en numerosas manifestaciones en mi vida...!

CRISTIAN : - ¿Te ha servido para algo?

GILBERTA : - Bueno, no, ¡pero no está de más hacerse oír y defender nuestras condiciones de vida y trabajo!

MARÍA : - ¡Pero si van de mal en peor con esto del virus!

GILBERTA : - A lo largo de la historia siempre ha habido cosas como esta... e incluso con muchas más muertes... pero mientras nos centramos en esta gilipollez ignoramos que mueren 25 000 personas al día.

CRISTIAN : - ¿De qué mueren?

GILBERTA : - ¡De hambre, mi niño!

CRISTIAN : - ¿Entonces hace falta manifestarse contra el hambre en el mundo?

GILBERTA : -Si queréis, chicos... vamos a hacer una cosa... Vamos al jardín. Os voy a enseñar como cuidar el huerto... cómo embotellar mi agua de manantial... y... os voy a enseñar a ambos a usar la escopeta... No podemos saber el futuro que os espera... ¡Vamos allá, chicos!

Los tres desaparecen de la escena mientras que Gilberta coge el arma y el cartucho.

Luces – Telón

FIN